

La calle para el jueves 23 de diciembre de 2010
Diario de un espectador
Nellie Campobello
Miguel ángel granados chapa

Hoy y mañana ofreceremos a nuestros lectores, como regalo de fiestas de fin de año --pues esta columna dejará de aparecer hasta el miércoles 5 de enero--, la prosa exacta y desnuda de artificios de Nellie Campobello. Más conocida como exquisita practicante de la danza, y maestra en ese arte, esta notable mexicana nacida en 1909 y muerta en 1986, en medio de tribulaciones que otro día comentaremos, fue una escritora poco presente en la historia literaria de México y en el conocimiento y gusto de los lectores por diversas circunstancias. Una de ellas fue la densidad de la sombra que proyectó sobre ella Martín Luis Guzmán, su compañero de vida durante muchos años, pues se pensaba que ella era como la luna respecto de ese sol de la literatura.

He aquí una muestra de sus dotes de escritora magistral. Es el retrato del general Tomás Urbina.

“Mi tío abuelo lo conoció muy bien Son mentiras lo que dicen del *Chapo* –dijo mi tío--; el *Chapo* era buen hombre de la revolución. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos!. Y narra, como si fuera un cuento, que el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, el día 18 de agosto del año de 1877.

Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el soto, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tomaba sus tragos de aguardiente de uva y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

“La Revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución. Al que cuidaba el santo Niño de Atocha.

Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina, general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en El Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares; al saberlos, vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo: doña María y el jefe de los talabarteros de la Brigada Morelos,

Urbina, con la estrella en el sombrero, con las venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, hacía un resoplido de general ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina).

Urbina dio la orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió a su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al santo Niño de Atocha, y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en El Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso . Sus sentimientos salieron en tropel”.